

NOMBRAMIENTO DE D. LUIS GARCIA ZURDO COMO ACADÉMICO DE HONOR DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS VETERINARIAS DE CASTILLA Y LEON

Académicos, Compañeros y Amigos

Excelentísimo Sr. D. Luis García Zurdo, Ángeles, Graciella, Beatríz

Dr. Honoris Causa por la ULE, querido amigo D. Luis Bascuñán Herrera

Debo de comenzar esta breve intervención **felicitando** y **agradeciendo**.

Felicitando a D. Luis García Zurdo, por su toma de posesión como Académico de Honor de la Academia de Ciencias Veterinarias de Castilla y León y, por extensión, a su familia, Ángeles, Beatriz y Graciella y a los que han hecho posible que hoy estemos aquí, fuera de nuestra sede, convirtiendo este acto, en si mismo, en algo excepcional, pero sencillo, porque de eso se trata.

Agradecemos, primero a su esposa Ángeles, su intercesión para convencer al final a D. Luis (por natural remiso a este tipo de actos) del significado que tiene para nosotros su aceptación del nombramiento. Nadie como ella conoce mejor al personaje ni para entender lo que significa para nosotros, como Academia, como Ciencias (Veterinarias, que incluye también Afines) y como representante del valor académico de la Cultura en una ciudad (que aquí representa a Castilla y León) que, a lo largo de los años, milenios incluso atrás, se ha distinguido en su defensa. Como dice de ella el propio Zurdo, Ángeles es el motor de su trabajo, la responsable de su organigrama biológico diario. Permítame que añada en la lista a sus hijas, que al 50%, siguiendo las reglas de Mendel, aquél fraile agustino que además de los rezos nos legó alguno de los principios más elementales de la Genética, estoy seguro que de algo habrá servido también su influencia y, para finalizar, no me olvido de nuestro querido amigo y compañero, Doctor Honoris Causa por la Universidad de León, D. Luis Bascuñán Herrera, que desde sus cuarteles de invierno, entre paseos por la bahía de Santander y los fatigosos ahora viajes al interior (cada vez menos), ha guiado desde el principio nuestros pasos en esta iniciativa que, al final , y después de un largo proceso, han culminado en este feliz nombramiento y toma de posesión.

Si ustedes me permiten una confesión en alto, yo soy uno de esos leoneses nacidos fuera de León, cuya niñez (en lo formativo) evolucionó **a la sombra de la catedral**, que jugo muchas partidas al frontón en las paredes de esta **Real Basílica de San Isidoro** y que cruzaba a diario en bicicleta la **plaza de San Marcos** camino de mí casa, sin darme cuenta que estaba conviviendo con tres de las joyas más emblemáticas, irrepetibles, del arte de esta parte del occidente español que tantas páginas llenó en nuestra historia común. Días, semanas, meses y años iluminados por el azul de un cielo limpio y transparente (que ya no lo es tanto) y un clima, a veces inhóspito y otras, el mejor del mundo. Formamos parte del paisaje y con el paisaje evolucionamos. Cuando, como peones del tiempo, cambiamos de lugar, los nuevos elementos se encargan de recuperar de nuestra

memoria intervenciones que sitúan el ayer en primer plano y con él, los figurantes. He sido, como ven, un privilegiado más sin saberlo, como tantos otros en este país, lleno de arte en cada esquina, que ha tenido que llegar a adulto (cada vez más adulto) para saber valorar, o por lo menos intentarlo de un modo diferente, las piezas de ese entorno representadas por elementos como la pintura, la escultura, la música y otras artes, todas las artes, formas de expresión al fin, de ideas, emociones o,..., de conocimientos, en suma, derivados de la investigación y el análisis. Arte y Ciencia, en definitiva.

Afirman los especialistas que en la antigua Grecia arte y ciencia no estaban diferenciados (expresados como “*techné*”, técnica o tecnología), otorgándoles en conjunto un sentido que se relacionaba con la destreza o la habilidad para la elaboración de productos, de objetos, de cosas, incluso de actividades, como la medicina (sin distinción), la geometría, la gramática o la retórica, siendo los romanos, a partir del siglo II, quienes introdujeron en latín el término “*ars*”, del que deriva el de arte (o artes), y un sistema de organización o clasificación en función de actividades, unas de tipo artesanal y otras como ciencia. Más adelante, se separaron las artes en **liberales** (donde se incluía la gramática, la geometría o la astronomía) y **vulgares** (donde se incluía la escultura o la pintura). Estas últimas eran actividades inferiores, mecánicas, de tipo manual, mientras que las primeras (que formaban el *trivium* y el *quadrivium*) representaban lo que hoy consideraríamos como ciencia o disciplinas científicas.

Pintura y escultura fueron propuestas como artes liberales en el siglo XVI, como actividades intelectuales, en consideración a la posición de sus practicantes como expertos en disciplinas “**cercanas a lo científico**” pues exigían del aprendizaje y adquisición de conocimientos tan particulares como la geometría, anatomía, biología o la mitología, incluso, desplazando así su centro de gravedad desde lo manual a lo intelectual que, como dice Shiner (2014) justificó la idea de un **artista científico** en lo que se puso como ejemplo figuras como Leonardo da Vinci o Dürero, una corriente que continuó a lo largo del siglo XVIII en particular en el caso de pintura, escultura o arquitectura a las que cada vez se consideraban más cercanas a las artes liberales, más próximas al campo de lo científico. En todo ello, el papel de las **Academias** es fundamental, principalmente en Italia, Francia o Inglaterra (Academias Reales o Reales Academias), en un tiempo que va desde el siglo XVI al XVIII, recorriendo un camino en el que las ciencias definen sus límites y establecen sus espacios institucionales identificando la ciencia con conocimiento e iniciando la fragmentación (separación) entre ciencia y arte. Al artista se le define por **el talento y el genio** y su práctica se caracteriza por el uso del **ingenio y la inspiración** en lo que el aprendizaje mediante **el ejemplo y la experimentación** es la constante. Aquí surge, nuevamente, la articulación de **espacios de conexión** entre lo liberal y lo mecánico, **entre la ciencia y el arte**. En ambas pues, **observación y experimentación** son un común denominador que llamamos **investigación**, que confluye en la **creación de conocimiento** en el intento de responder a preguntas relevantes que surgen de la observación.

La ciencia permite entender el universo, dotarle de sentido, dar respuesta a preguntas vitales y, como sucede con el arte, comunicar. Ambas surgen de la inquietud y, con la

comunicación, es cuando cobran sentido. Como quiera que sea, **arte y ciencia, ciencia y arte, son cultura y, como tales, carecen de fronteras.**

El ejemplo que hoy nos ocupa, es la coincidencia de un artista que es a la vez (como yo lo veo) un investigador, un científico, que cualquiera que sea el reto que se plantea en su área de trabajo, la pintura, inicia un proceso del perfil más puro del investigador que utiliza el método científico para acometer la búsqueda de su solución. Estudia en profundidad los antecedentes, se documenta, busca la inspiración, analiza, ensaya, experimenta con materiales de toda índole, es exigente en su calidad y pureza y al final, encuentra lo que busca o insiste en ello hasta que lo consigue y se siente satisfecho, aprendiendo constantemente con la ilusión del primer día.

LUIS GARCIA ZURDO parecía predestinado a ser lo que es, un pintor excepcional, incluso desde el momento mismo de su nacimiento que, no por azar, se produjo en la que es, sin duda, la plaza más emblemática del León medieval, la plaza del grano, la única que mantiene el empedrado característico, vaya Vd a saber desde cuándo, donde se producían las transacciones de productos del campo (cereales, pero no solo), enfilado ya el segundo tercio del siglo pasado.

Allí creció y se despertaron en él las primeras inquietudes por el dibujo y la métrica de las escalas enfilando su vocación a la sombra de la catedral soñando con llegar a ser, algún día, un arquitecto constructor de catedrales, como tantos. Pero ya de mocito, con pantalones largos, Juan Torbado le hizo cambiar de idea reorientando sus muchas aptitudes hacia la pintura en lo que también ayudaron los consejos y recomendaciones iniciales de Guillermo Alonso Bolinaga y David López Merille, maestros vidrieros de la catedral y su propio espíritu, absolutamente enamorado ya del poder de los colores. Desde el principio de su vida, pues, la sombra de la Pulchra leonina ha ejercido un poder total sobre este hombre.

El mundo de las Academias entró pronto también su vida. Desde 1956 fue alumno de la Escuela de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, lo que le permitió conocer a los primeros grandes maestros y recibir las primeras distinciones y premios y al término de sus estudios, recién estrenada la década de los años 60, realizó un viaje por Europa (central) que le puso en contacto con el expresionismo alemán que marcó el resto de su vida, como dice María Herráez, “traduciendo el mundo que le rodeaba, de forma subjetiva, a formas y colores”. Mil una dificultades de todo tipo, superadas con ilusión, mucho trabajo y esfuerzo personal, en lo que mucho tuvieron que ver también otros “grandes” leoneses, como él, prolongaron casi diez años su estancia en aquella Alemania que intentaba recuperarse a marchas forzadas del desastre de la Segunda Gran Guerra, eso si, con libertad creativa en lo que al arte se refiere, y, al final, el primer premio en forma de aceptación como alumno por parte del gran Oberberger en su *Kunst Akademie* (Escuela de Arte) en Munich aunque, eso si, tuvo que subsistir un tiempo previo que aprovechó recorriendo, trabajando en los más diversos oficios, y aprendiendo, en Innsbruck, Salzburgo, Viena y la baja Baviera, empapándose del arte de Kandinsky y otros expresionistas, de Kokoscka o de Giacomo Manzu.

Y después, el regreso a León y el éxito en las primeras obras que salpicaron entidades oficiales, instituciones, entidades de ahorro, etc., de la capital y la provincia, y más tarde, una tras otra, numerosas provincias, no solo de esta región, sino también de otras, sobre todo Galicia, hasta hacerse un hueco importante en el competitivo mundo del arte en su especialidad, la pintura.

Aunque Zurdo prefiere definirse como pintor, a secas, porque como él dice, la vidriera es una forma de pintura que no utiliza pinceles, sino la luz a través del vidrio. Dice Herráez que “la pintura resuelve la idea utilizando tonos y timbres de color, manipulados sobre superficies opacas, mientras que la vidriera utiliza la iluminación y el vidrio coloreado que es traspasado por la luz cambiante, en función del lugar y el espacio arquitectónico”. El auge de la vidriera, coincidente con el esplendor del arte gótico, representa en palabras de G. Giner, una artesanía fascinante que coronaba las catedrales conteniendo fragmentos de la Biblia hechos cristal, para transmitir la religión al pueblo llano”.

Siempre ocupado con las manos o con la mente, preparando el trabajo de las primeras, gusta mucho de referirse a sus conexiones con la Ciencia Veterinaria. Miguel Cordero del Campillo, otro de nuestros Académicos de Honor a quien ahora recordamos, ocupa siempre un lugar muy destacado (y respetado) en sus preferencias. Él ha sido el orientador fundamental en este territorio, que es el nuestro, animándole e interesándose en sus proyectos y progresos. Ese inveterado “Luisito, y ¿ahora en que proyectos te ocupas?” lo traslada a sus contertulios a la primera ocasión, en una mezcla de cariño y respeto por una de nuestras personalidades más emblemáticas.

Miguel Cordero está, precisamente (aunque seguramente no solo, pues a él se suman los arquitectos de la obra, Isidro Luna y Veremundo Núñez), en la idea transformada después en la gran vidriera que ocupa el vestíbulo de la Facultad de Veterinaria, inaugurada con el edificio en 1985, la primera vez que la Facultad de Veterinaria de León tuvo edificio propio, pues hasta entonces siempre había ocupado otros de destino diferente, y la idea no pudo ser más afortunada y, en la actualidad, la forma que resume una de las proyecciones más recientes, aunque reinventada y, seguramente de más recorrido de la Ciencia Veterinaria, su identificación con la idea de “Una Salud” (Una Sola Salud), personalizada en la figura del centauro Quirón, protagonista central de la mitología griega, después tomada por los romanos, en quien convergen médicos de humanos y de animales, esto es la Medicina Humana y la Medicina Veterinaria.

El centauro Quirón fue elegido como representación de la Veterinaria, para celebrar el pase de su condición de Escuela a Facultad, en 1943 y con tal motivo reproducida en escudos y repositos, al margen de los escudos representativos de las cuatro facultades clásicas (Madrid, Córdoba, Zaragoza y León) de forma anónima, esto es sin identificar el lugar (la ciudad) de ubicación. Esta gran obra, que por alguna razón que desconozco, no ha merecido la difusión que le corresponde y su análisis artístico por parte de los especialistas, algo que habrá que resolver en el futuro, representa al centauro Quirón en el centro con un cordero en los brazos, rodeado de alegorías en textos de la Geórgicas de Virgilio y las Etimologías de San Isidoro, encastrado en una obra de mampostería. La

luz que surge del fondo, atraviesa los vidrios que perfilan la silueta del centauro produciendo una sinfonía de colores que dan al conjunto una espectacularidad irreplicable.

El motivo central del centauro y el cordero, fue incorporado a la parte superior “en jefe” del escudo de la Academia de Ciencias Veterinarias de Castilla y León, en el proceso de su solicitud y registro por parte de la Junta de Castilla y León en 2010. La solicitud de autorización de uso al propietario intelectual de la obra, nuestro recién nombrado Académico de Honor, fue seguida (igual que sucedió también con la propia Universidad, el propietario), de infinidad de muestras de generosidad y cariño. Todo fueron facilidades.

Pero hay más. En 2002, la Facultad de Veterinaria de León, celebró su 150 aniversario y con tal motivo se editó un escudo conmemorativo utilizando técnicas antiquísimas, con el motivo principal de la figura del centauro, cuyo autor fue, nuevamente, D. Luis García Zurdo. Lo mismo ocurrió con el escudo de la Asociación Leonesa de Historia de la Veterinaria.

Y mucho más, pues la obra de Zurdo trasciende a la facultad de veterinaria y representa la parte más importante del rico patrimonio de la Universidad a través de sus emblemas, como el *sigillum*, las vidrieras de la escalera norte del Albeitar que conduce al Paraninfo Gordón Ordás y el aula Magna San Isidoro, alusiva a la creación de la Universidad de León, con referencia expresa a sus primeros rectores y las propias vidrieras del Paraninfo citado, nuestra sede habitual, que incorpora el Gaudeamus Igitur.

Pero si Vds me lo permiten, la Academia de Ciencias Veterinarias de Castilla y León, una institución con apenas 8 años de existencia, una de las 7 instituciones de este tipo en nuestra Comunidad Autónoma, ha recogido el testigo de ser uno de los focos de cultura de esta región y, no solo, al menos no en lo que se refiere a nuestra ciudad y provincia, impulsando y por ello reconociendo aquellas figuras sobresalientes, que se han distinguido en los ámbitos culturales que de forma directa o indirectamente (ciencias afines) se incluyen en su definición programática.

Luis García Zurdo representa, como nadie, uno de esos valores que le reconocen en la actualidad como el mejor pintor-vitralista de nuestro país y uno de los mejores de Europa, heredero de los mejores artistas europeos que recubrieron las catedrales con ventanas del cielo (en palabras de Gonzalo Giner, uno de sus más rendidos admiradores autor de un “best seller” con ese título “Las ventanas del Cielo” cuyo protagonista Hugo de Covarrubias, parece inspirado en la figura de Zurdo) transformando edificios enteros en obras de arte completas, honrando con su trabajo al de los autores originales, allá por los siglos XIV o XV. Luis García Zurdo, uno de los mejores restauradores de aquellas vidrieras utilizando las mismas técnicas que sus autores originales es, como dice un amigo, el “último mohicano solitario” de los artistas especializados en el noble arte de la pintura sobre vidrio, de la construcción de vidrieras. Como señala Herráez, además, uno de los pilares que reavivaron las artes en España en la segunda mitad del siglo XX.

Por estas razones y por muchas otras representadas por la defensa de la cultura de esta ciudad que nos acoge, la Academia de Ciencias Veterinarias de Castilla y León es hoy honrada con la incorporación como Académico de Honor del Excmo. Sr. D. LUIS GARCÍA ZURDO.

Querido Luis, muy bienvenido a esta, tu casa. Desde este momento puedes disponer con total libertad, de todo lo que nosotros, desde nuestra Ciencia (si es que tenemos alguna), podamos ofrecerte. Un fuerte abrazo.

León, 15 de marzo de 2019

Elías F. Rodríguez Ferri, Presidente de AVETCyL